

todo ser, es, según la interpretación de Jaeger, «medida de todas las cosas». El hombre no es el centro del cosmos. Tanto Dios como el Bien cumplen para el hombre su papel de paradigma y de mimesis, así como son para él virtualidad y fuente de felicidad personal.

Para Festugière, Platón estudia la naturaleza del Bien y de Dios desde un punto de vista existencial. La jerarquización del ser culmina en un principio supremo, el Bien-Dios. El filósofo no es puro pensador, sino que también es un viviente religioso. La indigencia del alma personal busca escapar del mundo que cambia y donde el bien está mezclado con el mal. Así busca un camino intelectual para buscar la primera fuente de realidad, y un objeto de voluntad para lograr la felicidad. Esta luz espiritual, Dios, la verdad, es invisible, pero su idea es propiamente inteligible. La visión de las ideas divinas es lo que da la felicidad al hombre.

Gilson cree que Platón es en religión un tradicionalista. Cada alma es un dios, el mundo es Dios, está lleno de dioses. Platón inventó las ideas como herederas de los dioses. Dios existe porque el movimiento existe, y el alma mueve al hombre. Como el alma, Dios debe ser inteligente, necesario y eterno, pero sólo sus ideas son inteligibles.

Solmsen atribuye al Dios platónico un papel primariamente educativo, y, por tanto, inferior al de las ideas. Dios es principio de vida, tanto por ser mente que contempla eternamente las ideas inmutables como por ser alma que está en contacto con el mundo mudable. A esto opone E. Frank que el contacto de Dios con el mundo es a través de ciertos espíritus intermedios (daimones).

El articulista aduce, a su vez, que el pensamiento platónico no puede ser determinado a este respecto. La vastedad de la realidad trasciende a su expresión conceptual. Afirma, por consiguiente, una *Platonic Skepsis* sobre la identidad Dios-Bien.—A. S.

STONE HARING (Ellen): *Substantial Form in Aristotle's Metaphysics Z, I*, en «The Review of Metaphysics», vol. X, 2, 1956 (págs. 308-322).

Pretende el artículo presentar la doctrina de la forma desarrollada por Aristóteles en el libro Z de su Metafísica.

A. Filosofía.

Forma es ousía-sustancia. Es principio de determinación y de inteligibilidad de lo individual. Accidentalmente, esta forma está asociada con materia, y es la forma sustancial (Aristóteles no emplea esta expresión) el principio de las individualidades concretas.

Mientras ente (*being*) es el final del proceso, ousía es la primordialidad del ser (*being*). Entre las ousías, las cosas individuales materiales son las únicas cuyo examen es asequible directamente. Forma sustancial es el principio determinante de estas cosas.

La forma sustancial es algo definido y simple, ni universal ni particular, en algunos aspectos indiferente de la materia, aunque inmerso en ella. Por el contrario, la forma platónica no estaba asociada con la materia.

Cada ousía material tiene, en Aristóteles, verdadera unidad, independencia y vitalidad. Las cosas materiales son plenamente *ousiai*.

Lo que en Aristóteles no es concreto es el universal. El universal viene a ser el ser uno entre varios. Cada universal es indefectiblemente difuso.

La cosa no recibe quiddidad (*thisness*) del universal, sino de la ousía. El principio que hace pensar en universales es la forma.

La identidad de forma y ousía resulta de que la comprensión de la forma consiste precisamente en considerarla como ousía primaria de individualidad, considerando a la individualidad como aquello que es en virtud de materia y forma peculiares.

El concepto de esencia resulta de considerar qué es cada cosa en virtud de sí misma ($\kappa\alpha\theta' \alpha\upsilon\tau\acute{o}$, *propter se*). La esencia de algo no es determinación accidental. Esencia es lo que algo es por su propia naturaleza. Y estrictamente, la esencia de algo puede ser también su ousía. La ousía, la forma y la individualidad, o ambos, hacen que algo tenga esencia.

Esencia y Ousía Inmaterial resultan identificadas al decir Aristóteles que forma sustancial es una ousía primaria e idéntica con la esencia de la cosa. Ello resuelve también la cuestión de que la esencia reside igualmente en la materia.

La forma parece ser factor decisivo para la existencialidad. Pero la forma, aun indispensable para el ser, no se produce a sí misma. La forma es de algún

modo intemporal e indiferente para con el contexto material.

La forma sustancial, así como la idea platónica, es inengendrada y simple.

La naturaleza es quien hace que la individualidad pertenezca a un conjunto formado por materia y forma. Ambos elementos son causales de un factor unitario. El ser de la materia la hace ser determinable por una realidad receptiva llamada potencia. La función de la materia es entonces ser ocasión y medio para la forma. La materia provee solamente de una base para el orden y dinamismo de la naturaleza. Las formas sustanciales correspondientes a las especies vivientes—a más de ser partes de una continuidad genética—tienen a su cargo la determinación de la individualidad y la continuidad de las razas.

La forma sustancial de algo es primariamente lo inteligible, como ese algo, o sea, su forma. La forma es la esencia de cada individualidad y está en cada individualidad. Con esencia se identifica también la expresión *sustancia sin materia*.—A. S.

SEROUYA (Henry): *La obra filosófica de Maimónides*, en «Revista Española de Filosofía», 58-59, 1956, (págs. 519-128).

El autor resume el contenido de su propio libro *Maimónides*, publicado por *Presses Universitaires de France*. Maimónides fué médico, teólogo, filósofo, matemático y jurista. Sus cualidades primarias son el amor a la humanidad y el desinterés. Se sirvió del aristotelismo para difundir las enseñanzas talmúdicas, pero manifestando que tal osamenta filosófica se halla genuinamente en el Judaísmo.

Maimónides pone originariamente de manifiesto el hondo contenido cultural hebreo. Considera el monoteísmo, frecuentemente tan mal interpretado; da importancia al hecho de la creación y permanencia del mundo. Dios es el pensamiento absoluto teniendo por objeto a sí mismo. Critica muy extensamente, en cada cuestión, a los Motekallemin (cultivadores del *kalam*, palabra, discurso), que desconocían el principio de causalidad.

Maimónides se inspira en la enseñanza aristotélica para probar la existencia, la unidad y la incorporeidad de Dios.

En cosmología se opone a ciertas tradiciones filosóficas árabes, y también a Aristóteles en el asunto de la creación y de la permanencia del mundo. El emanatismo le es inaceptable, al reconocer en el universo la acción de una voluntad libre que obra con *intención* y no por *necesidad*.

En el problema del mal, lo achaca a cierta tosquedad de la forma, que no es imputable a la acción creadora de Dios, y sí a la ignorancia humana.

La ley mosaica representa la norma más apta para dar a conocer el camino del bien y de la verdad. Tiende a restringir los apetitos, porque «la pasión a la que la muchedumbre se entrega más frecuentemente es la intemperancia en la comida, la bebida y el amor carnal», lo que es o nocivo o peligroso para la perfección social y personal del hombre. La perfección consiste en la ciencia absoluta del conocimiento de Dios. El hombre puede esforzar su pensamiento y purificarlo en la consideración de Dios, y puede gozar de su percepción.

La filosofía se acerca a la religión, según Maimónides, porque la acción del intelecto es pura espiritualidad. Maimónides es liberal y racionalista. También llega a cumbres místicas cuando, con un acento espontáneo e intuitivo, habla del amor de Dios y de los beneficios que de él derivan para la salvación de la humanidad.

La influencia de Maimónides sobre Europa es muy grande. Son testigos San Alberto, Santo Tomás, Duns Scoto, Spinoza y otros.—A. S.

HÄRING (Nikolaus M.): *Character, Signum und Signaculum. Die Einführung in die Sakramenten theologie des 12. Jahrhunderts*, en «Scholastik», XXXI Jahrgang, Heft II, 1956 (págs. 182-212).

El problema del signo vinculado a los Sacramentos, en cuanto imprimen carácter y determinan una forma, está en la tradición medieval fuertemente vinculado a Pedro Lombardo y las «Glosas a sus sentencias». De una manera más amplia se puede referir la cuestión de San Agustín a la teología paulina. En Pedro Lombardo la expresión *signaculum* se utiliza para señalar la huella que deja el sacramento. Pero, en la medida en